

Sábat, Hermenegildo. *La casa sigue en orden. Cuatro décadas de historia en dibujos.*
Buenos Aires, Aguilar, 1999.

Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín. *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso.*
Buenos Aires, Colihue, 1998.

Gonzalo de Amézola

Profesor e Investigador, CISH-UNLP.

En los últimos tiempos un tema acerca del que la bibliografía era escasa: los medios de comunicación, se ha visto enriquecido con varios trabajos escritos por periodistas que brindan panoramas históricos sobre dichos medios o reflexionan sobre las propias prácticas de su profesión. Podríamos decir que *Paren las rotativas*, el libro de Carlos Ulanovsky aparecido en 1997, inaugura este subgénero cuyo destinatario es básicamente un lector no especializado.

A finales de 1998 y principios de 1999 se publicaron dos obras que podríamos incluir dentro de estas características y que resultan en alguna medida complementarias: *La casa sigue en orden y Declamos ayer*.

La primera de ellas es una selección de los dibujos de Hermenegildo Sábat. Este artista uruguayo surgió a la notoriedad para el público ar-

gentino a mediados de los sesenta como caricaturista de *Primera Plana* cuando otro extraordinario dibujante, Miguel Brascó, abandonara ese puesto. La carrera de Sábát se proyecta luego con fuerza cuando Jacobo Timerman (a quien dedica este libro) lo lleva a *La Opinión*. En este diario que marcó en los cinco años de su trayectoria independiente (1971 -1976) un hito en el periodismo argentino, la imposibilidad técnica de incluir fotografías hizo que sus dibujos fueran las únicas ilustraciones que acompañaban las veinticuatro páginas del matutino, contribuyendo de esta forma a definir su particular estilo. A partir de 1973, Sábát es contratado por *Clarín* y allí (donde todavía se desempeña) logra la enorme difusión que le asegura el diario de mayor tirada en la Argentina, a la vez que sus comentarios gráficos alcanzan el máximo nivel de expresión y libertad.

La selección de dibujos presentada en este libro está dividida en décadas, de las cuales la del '60 está escasamente representada (sólo diez páginas). Las casi quinientas páginas restantes están dedicadas a los '70, '80 y '90 y la mayoría de los trabajos incluidos aparecieron por primera vez ilustrando los comentarios políticos de *Clarín*. La estructura de cada capítulo es similar: primero se presentan trabajos sobre política internacional que enmarcan los sucesos locales y luego, la parte más importante se dedica a la política nacional. El aluvión de personajes que se precipita desde estas caricaturas hace indispensable ubicar al lector en los acontecimientos comentados, sobre todo porque en muchos casos nuestra memoria se ve asaltada por imágenes convenientemente olvidadas (como las de Adolfo Diz, Rogelio Coria, el Gral. Etcheverry Boneo o el can-

ciller Pastor, entre tantos otros). El necesario papel de ubicación en la abigarrada historia política reciente de nuestro país es cumplido por los breves textos de Carlos Eichelbaum, pensados para que el lector lego tome conocimiento de los sucesos a los que se hace referencia.

La calidad de la obra de Sábat hace imposible no considerar recomendable este libro. Como dice Félix Luna en su breve prólogo: “Seguramente, cada lector puede asociar estas imágenes con momentos de su propia vida, y hasta podría recordar el día que las vio en el diario, como si fueran editoriales burlescos y cachadores, pero siempre con contenidos que alertaban, definían y en cada composición reflejaban lo que íntimamente sentíamos entonces... Los historiadores tratamos de comprender el pasado y a veces nos permitimos enjuiciarlo. Sábat, simplemente, dibuja, no pone palabras a sus creaciones. Pero basta el gesto que coloca sus personajes o el simbolismo que les agrega para que todo quede dicho”.

Esta fascinación compartida acerca de la obra del artista uruguayo centra muchas veces la atención exclusivamente en la calidad gráfica y empalidece en algo los resultados de la selección si, como indica el subtítulo, se trata de reseñar “cuatro décadas de historia en dibujos”. Un criterio que no contribuye a ese objetivo es subdividir el libro en términos de décadas, lo que no resulta una periodización eficaz. Así, por ejemplo, en los '70 nos encontramos con el ocaso de la “Revolución Argentina”, la vuelta del peronismo y Perón al poder, el interregno isabelista y los años de apogeo de la última dictadura militar. En los '80, con la decadencia de la dictadura, la guerra de Malvinas, la presidencia de Alfonsín y la llegada de Menem

al gobierno. A lo largo de todos estos años, parecería que Sábat pudo trabajar con igual libertad, se evita la necesidad de encontrar los comentarios implícitos en estos trabajos y se diluye, principalmente, el sentido crítico de sus dibujos durante el Proceso que le valieran el 1988 el premio Moors Cabot de la Universidad de Columbia. Por otra parte, un dato faltante (y que sería enriquecedor para el lector) es el de la fecha de aparición de los dibujos en la prensa. Esta omisión lleva a descontextualizar algunas de las obras reproducidas. Por ejemplo, en la página 295 se incluye como ilustración de la ambigüedad del candidato peronista para las elecciones de 1989 el dibujo con el que Sábat comentará meses después la repatriación de los restos de Rosas y donde predice el indulto a los militares, cuando Menem ya era presidente de la Nación.

Por su parte, *Decíamos ayer* es un libro especialmente interesante. En primer lugar, debe decirse que el núcleo de esta obra es una recopilación amplia y significativa de documentación periodística sobre la etapa que va de la antesala del golpe militar de 1976 hasta la recuperación de la democracia a fines de 1983. Para darle sentido los autores organizan la selección según un formato fijo asignado a las hojas que integran el trabajo. Se destinan los frentes de página a la reproducción de unas trescientas tapas de publicaciones a través de las cuales se va describiendo la evolución del gobierno militar y de la sociedad argentina. Los reversos están dedicados a la transcripción (unas veces total, otras parcial) de artículos y datos que permiten entender el espíritu de la época. También se incorporan breves columnas en el margen izquierdo con expresiones de personajes representa-

tivos o datos de significación sobre el momento que se trata y, al pie, una breve cronología que incluye hechos de diversa naturaleza que permiten completar el panorama. Todo este material está agrupado a su vez en secciones que dividen cronológicamente a la dictadura en cinco subperíodos: “El incendio y las vísperas”; “Los años de hielo”; “Mundial, derechos y humanos”; “De aquí a la eternidad” y “Malvinas: la retirada”.

Esta simple enumeración permite apreciar en parte el interés del libro. Pero es el extenso artículo de Luis Blaustein que inicia la obra el que enriquece notablemente el análisis. Blaustein, un licenciado en comunicación, novelista y periodista que ha desarrollado una destacada trayectoria (entre otros medios) en *Página 12*, amplía notablemente el panorama al describir aspectos de la historia de la dictadura y examinar la actitud de los distintos medios gráficos durante esos años, considerándolos como actores centrales de aquella época.

Sin el afán de hacer prontuarios, el autor se refiere especialmente al comportamiento de los grandes diarios. Así, en agudos y breves párrafos describe las particularidades discursivas de los distintos medios a pesar de un tono dominante de uniformidad (“los diarios han pasado a transmitir en cadena”, dice por entonces Rodolfo Terragno). En los primeros tiempos del Proceso, el diario *Clarín* transcribía los boletines sin agregar ningún comentario al respecto (por ejemplo, se limitaba a consignar “El comando de la Zona I en un comunicado dice”, seguido por la simple reproducción del boletín proporcionado por los militares), técnica que utilizó invariablemente hasta el lento

descongelamiento que comienza luego del mundial de fútbol. Esta actitud se complementaba sin embargo con una crítica frontal a la política económica. Acerca de *La Nación*, señala su importancia como medio (para Blaustein, en la época el diario de los Mitre era la opinión pública si consideramos el corte social, económico y cultural de sus lectores habituales) y subraya el acompañamiento del matutino a la filosofía de Martínez de Hoz junto a su silencio acerca de la represión, que sólo se quebraba cuando alguna de las víctimas provenía de su entorno. En esta actitud, dice Blaustein, no fue ajena la participación del diario en la propiedad de Papel Prensa, a la que accede durante la dictadura. En *La Razón* señala su particular forma de tratar las noticias donde la información y la opinión se mezclaban deliberadamente, en un discurso totalitario que resultaba de la particular co-dirección del vespertino, compartida desde antes del golpe por Félix Laiño y los servicios de inteligencia del Ejército.

En el caso de *La Opinión*, el gran diario de la época, se verifica hasta el arresto de Timerman una actitud paradójica. Mientras se defendía por una parte al Proceso y se buscaba con empeño supuestos sectores moderados dentro de los militares que lo dirigían (Videla era defendido en sus páginas por considerárselo dentro de esa corriente), se criticaban a la vez los atropellos a los derechos humanos y se daba espacio a las cuestiones sindicales, problemas casi borrados en los demás medios. En la defensa de los derechos humanos se mantuvo aún con más vigor el *Buenos Aires Herald* que era, a la vez, el más fiel defensor de la política económica oficial.

En suma, un panorama de paradojas y de actitudes que iban de la cautelosa honestidad en condiciones sumamente difíciles (como el caso de Robert Cox o Manfred Schönfeld) al más crudo oportunismo.

A lo largo de este ensayo se señalan algunas características de la información de la época, como la falta de datos políticos que eran reemplazados por los innumerables y vacíos actos castrenses, donde los militares cumplían con la función de hablar sin referirse a nada concreto (un ejemplo expresivo es la “noticia” con foto aparecida en el diario *La Prensa* del 2/5/78: “Celebróse en Campo de Mayo el día del Servicio de Oficinistas del Ejército”); la particular retórica del poder (el supuestamente moderado presidente Videla dice, por ejemplo, que sobre la dictadura militar “habrá tres niveles a recorrer por parte de la población: comprensión, adhesión y participación ...hasta que no seamos necesarios en el gobierno”); lo que el autor llama “la estrategia del *casi casi*” (la “guerra contra la subversión” era a la vez un asunto lejano y omnipresente que siempre se estaba a punto de ganar sin lograrlo nunca en forma definitiva); las operaciones ideológicas sobre un mismo tema dirigidas a distintos sectores de público (las burdas argumentaciones de Renéé Salas y las refinadas de Mariano Grondona para demostrar que el Nobel otorgado a Pérez Esquivel era un “premio al enemigo”)...

Entre otras muchas interesantes y polémicas reflexiones, Blaustein plantea la inconveniencia de la actual sobrevaloración de los medios de comunicación (que no han hecho ninguna autocrítica sobre su proceder en los años de plomo) que han pasado a ser considerados por muchos como re-

emplazantes de las instituciones que deberían amparar a los ciudadanos defendiendo sus derechos. “Las reglas del mercado, la subordinación al interés de lucro, el excesivo ruido comunicacional, la simple incapacidad, las históricas inercias hacia la banalización y la mediocridad, contaminan la pureza de esa idea,” afirma. (P. 57)

El libro reúne también una serie de artículos escritos especialmente para ser incluidos en él, donde se tratan, entre otras cuestiones, algunos fenómenos periodísticos de la época de la dictadura militar como *Convicción* (el diario lanzado para apuntalar la carrera política de Massera), *Ámbito Financiero* (un fenómeno editorial sólo comprensible en el ambiente creado por la política de Martínez de Hoz) y la revista *Humor* (convertida en el centro de la resistencia cultural). En la sección de Anexos se destacan los textos de los periodistas desaparecidos (es muy interesante releer las notables crónicas de Enrique Raab para ver cómo hablando de espectáculos se puede hablar también de política) y los panoramas de la actualidad que Mariano Grondona publicaba en *El Cronista Comercial* con el seudónimo de Guicciardini. En estos artículos poco conocidos, Grondona hace una descarnada defensa de la dictadura con el mismo racionalismo didáctico con el que hoy defiende el juego democrático.

El resultado es un libro fascinante e incómodo. Quienes éramos adultos en esa época nos encontramos nuevamente con los diarios agrisados que acompañaban nuestra vida cotidiana, con su pobre dialéctica y con las segundas lecturas con las que pretendíamos lograr más información de esos textos escuálidos y tendenciosos.